

“LAS GUERRAS CARLISTAS” - Chiquiznaque

Fueron sin duda las guerras carlistas las culpables de que mi vida haya sido otra. Aquella pregunta fatídica en el examen fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de mi padre que me dijo una frase lapidaria que no olvidaré nunca:

- Si no quieres estudiar, entonces tienes que valer para levantarte todos los días a las cuatro y media, como yo.

Yo creía que podía finalmente aprobar; si la Historia no me hubiera fallado, no repetía, pero lo peor temido sucede siempre y finalmente mi negligente versión de las guerras carlistas terminó por frustrar mi plácida vida en el instituto.

Por entonces yo formaba parte de la clase media de los alumnos; estaban en último lugar los que tenían un mote despectivo; “el foca”, “el mocos” o “camello”, por ejemplo. Por otro lado, en la élite que nos dominaba, estaban aquellos otros chicos que tenían un nombre de pila simpático; “Riqui” o “Piter”, y en medio, entre ambos, estábamos aquellos que éramos nombrados normalmente por el apellido y que vivíamos en el difícil y estresante filo de la navaja del posible descenso de categoría. Un pequeño fallo, un momento de pública debilidad, y nos veíamos arrastrados al fango de la ignominia, de la humillación perpetua, encadenados a un mote lacerante.

Por eso el menor de mis problemas era aprobar el examen de Historia; yo estaba en el Instituto básicamente para crecer y salir adelante dentro de la cruel tribu de sus alumnos; lo de formarme era algo secundario.

Mi padre no era de la misma opinión y cuando la soleada víspera de San Juan, con el curso recién acabado, conoció mis notas y supo que era inevitable que repitiera, decidió dar un giro copernicano a mi vida conduciéndola por la sinuosa senda del ejemplo y el sacrificio.

- Para que tú vivas bien, la frutería tiene que vender; para que venda, hay que madrugar y comprar el mejor género en Mercamadrid. Y luego está lo de aguantar a los clientes y que no te pongan otra frutería en la puerta. Tú de todo eso no sabes nada hijo, pero está visto que lo tienes que saber.

- Pero papá, en Septiembre puedo sacar las que me han quedado. – le decía intentando tranquilizarle, esperando comprendiera que aún no era el tiempo de dar todo por perdido.
- Tú lo has tenido todo demasiado fácil y nosotros no somos millonarios.

Así fue como empecé a sufrir la dura rutina del negocio familiar. Mi padre se levantaba a horas intempestivas y más que despertarme, me arrastraba al coche todavía de noche para escoger antes de abrir la tienda el mejor género al precio más barato.

Le seguía como un perro faldero a través de los puestos iluminados por la potente luz eléctrica que contrastaba por la absoluta oscuridad que se filtraba por las ventanas, cargaba las cajas hasta la furgoneta mientras él sacaba la veta didáctica de cada una de sus actuaciones:

- Ves esas Golden, son 15 céntimos más baratas y más lustrosas, se venderán mejor. – me decía con el afán de Platón en la Academia.

Yo le miraba, fastidiado, como intentando hacerle ver que no quería aprender lo que me enseñaba:

- A mí todas me parecen iguales. – y compungía el gesto para demostrarle que iba obligado.

Era duro; tenía que cargar las cajas, descargarlas en la frutería, colocar el género y luego pasar un largo día atendiendo al público con mi padre, llevando encargos a domicilio y demás rutinas que alargaban la jornada a una distancia sideral de mis propias fuerzas.

Yo miraba a mi padre y le veía siempre activo, dicharachero con los clientes, avisgado cuando compraba la mercancía y me parecía que disfrutaba con lo que me hacía, considerándole una especie de dictador que tiranizaba mi alma libre con sus cosas:

- Hijo, tienes que ser simpático con los clientes; si vienen aquí y no van a otro sitio es porque eres agradable con ellos.
- Papá, esto no me gusta. El resto de mis compañeros están de vacaciones.
- Tú has escogido este camino. No te das cuenta, pero lo has escogido.

¿Cuántas semanas pasaron así? El tiempo se me echaba encima como les sucede a los enfermos para quienes los días, siempre parecidos entre sí, se confunden quitando toda consistencia al pasado.

El verano pasaba lastimosamente y yo lo sentía con la frustración de una oportunidad perdida. Mi padre, a su manera, procuraba tener atenciones conmigo, todos los días desayunábamos juntos antes de abrir la frutería en la cafetería del mercado:

- Para resistir el día hay que desayunar fuerte- - me decía con una sonrisa mientras me acariciaba la cabeza.

O me ayudaba con unas cajas cuando me veía sobrepasado, o atendía a clientes insoportables que tenía que despachar yo.

Un día le dije:

- Papá creo que lo he entendido. Si no estudio me tocará trabajar muy duro, pero yo no quiero hacer esta vida.

Fue cerrando la tienda, cuando el verano languidecía y el sofoco y el día largo nos hacía bostezar. Entonces él terminó de echar la llave, se la guardó en el bolsillo mientras hacía un gesto de meditar bien lo que tenía que decirme:

- Hijo mío, mi vida no ha sido como la tuya. Yo nunca pude estudiar, en aquella época no había medios y eso no era posible. Todo lo que tenemos lo hemos ganado con mucho sacrificio. Cuando uno tiene las cosas, no valora lo que realmente cuestan. Yo no quiero que hagas mi vida, pero tú eres libre de elegir tu camino; sólo si trabajas tendrás lo que quieras.

¿Cuántos años hace ya de eso? La semana pasada lo recordábamos cuando le visitaba en la Residencia en su cumpleaños. Ahora él es un anciano; durante gran parte de mi vida siempre había pensado que mi padre era indestructible, el tronco firme del que nacen todas las ramas del árbol. Sin embargo, el pelo se le cayó, sus hombros se volvieron flácidos y su paso es inestable; el aire que no apaga una vela parece poder derribarle.

Todo en la vida le ha costado mucho; después de todo aquello que recordamos, vino lo de la enfermedad de mamá, el cierre de la frutería y muchas otras dificultades que ahora se han quedado enganchadas de nuestros recuerdos como cosas sin importancia, pero que fueron muy duras de sobrellevar.

Yo soy un hombre adulto y con una cierta experiencia de la vida, pero no la suficiente como para considerarme superior a él, a pesar de su decrepitud física:

- ¿De veras crees papá que fue necesario en aquella época ponerme a trabajar contigo en la frutería para que cambiara?

Él me mira con unos ojos que desnudan mi alma, que llegan donde nadie más que él es capaz de penetrar, con un conocimiento profundo, absoluto de mí y con una sonrisa condescendiente me dice:

- Para saltar mejor uno retrocede.

Pienso en todo esto mientras camino por los pasillos entre las aulas. Si mi padre hubiera nacido en esta época, con las oportunidades que he tenido yo, habría tenido una vida maravillosa. Sé que él es mejor que yo en todos los aspectos. Le faltaron muchas cosas, pero creo que su mejor obra está en todo lo bueno que en mí se pueda encontrar.

Todo esto se me viene ahora a la cabeza; ahora que entro en mi aula y veo a todos estos chicos, mis alumnos, con esa mezcla de presunción e ignorancia, de cualidades y vicios, de frustraciones y posibilidades. Me agobia la responsabilidad por un momento; la capacidad que tengo para conseguir que sus vidas sean mejores en el futuro.

- A ver chicos, guardad los cuadernos y los libros. – les digo mientras reparto los folios donde escribirán las respuestas del examen.

Sus ojos nerviosos me observan con inquietud:

- Primera pregunta, “Las guerras carlistas”.